

Entendemos, por tanto, que si el «Quijote,» como obra de arte, cifra de un modo de ser concreto de la sociedad á que corresponde, crítica de los males que la trabajan y correctivo apropiado para disminuirlos, no necesitó de comento para que sus primeros lectores lo entendieran y estimaran; cambiadas con el tiempo las circunstancias en que hubo de producirse, reclamó y reclama el concurso del erudito y del filósofo si ha de continuar el interés y las simpatías que en un principio despertó.

Y no hay que rebelarse contra esta idea: los mismos que recientemente han dado en la flor de combatirla acuden á sancionarla con su proceder, contradiciéndose sin advertirlo. Se rechazan los llamados comentarios filosóficos, dicese que no es posible hablar de esta obra singular sin una especie de entusiasmo, ó si se quiere de intolerancia, que se alza contra toda idea de crítica y de exámen, y á renglon seguido, los que tal escriben, repitiendo conceptos antiguos, convienen que en el libro hay algo superior á su accion como novela, buscan embozadas sátiras contra encumbrados personajes en las escenas principales, y hasta desembozan las alusiones concretas que en sentir de ellos hizo el autor al gobierno de sus dias, á la persona que ocupaba el sόlio y á los malos ministros que le rodeaban.

Repugnan los comentarios filosóficos, como si el discutir la valía del «Quijote,» su significacion so-

cial, sus alcances humanos, su trascendencia, en fin, no fuera puro filosofar; como si la crítica, sacada de las estrechas veredas en que algunos usaron encerrarla, pudiera dar un solo paso sin el auxilio de la filosofía. Rechácense enhorabuena determinados comentarios filosóficos, ó lo que en ellos no sea admisible y nada habrá que decir en contra; mas censurar á los que filosóficamente pretenden estudiar el «Quijote,» y al propio tiempo examinarlo, aunque toda idea de crítica y de exámen enoja, desde un punto de vista «verdaderamente filosófico,» no nos parece lo mas discreto. Ni se imite á los que niegan que la novela esconda bajo las flores de su narracion el áspid venenoso de la sátira, sin recordar que antes habian tenido por sesudo y acertado en extremo el parecer de quien halló oculta en ciertos pasages del libro una sátira, contra los que torpemente manejaban el gobernalle de la española monarquía.

La verdad es que sin los comentarios, llámen-se ó no filosóficos, los méritos del «Quijote» no se habrian puesto tan á las claras como lo están, á dicha, ni el renombre de su autor hubiera volado de zona en zona dando la vuelta á la redondez de la tierra. Si el interés de la donosísima novela no se agota, si las ediciones de ella se repiten, si no hay literato que no se sienta en la necesidad de manifestar la personal impresion que ha podido ocasionarle su lectura, si los artistas pugnan por ilustrar sus tipos y sus escenas con selectos tra-

bajos, si cada día que pasa es mayor el número de los admiradores de Cervantes, débese en mucho, á los esfuerzos de la crítica filosófica. Y tan no admite respuesta este aserto, que basta recordar lo ocurrido hace algunos años con motivo de la publicación de cierto célebre folleto—digno en mucho de vituperio—para hallarlo muy razonable y en su punto. Suscitada viva controversia, notóse que se despertaba mayor interés que nunca en orden al libro discutido, y como resultado provechoso, multiplicáronse las ediciones, hízose alguna merítisima, aclaráronse extremos principales de la vida del autor, emprendiéronse nuevas labores, y tanto la pátria literatura como la extranjera, se enriquecieron con trabajos selectos que no desdeñaría el mas bronco de los Aristarcos.

Combatimos, cuando era pertinente, las tendencias que entrañaba el folleto á que antes aludimos, mas ni condenamos «ex cathedra» el noble móvil que hubo de inspirar sus páginas, ni mucho menos, reseñando el progreso de la crítica en lo propio del «Quijote,» callamos el elogio de los comentadores y analistas dignos de loa y de respeto. Deudora es España en parte á sus esfuerzos, del lugar que en la consideración del mundo goza su preclaro hijo; y si Gayton, Jarvis, Bowle, Dunlop, Coleridge, Ticknor y Robertson, entre los ingleses y norte-americanos; Florian, Voltaire, Viardot, Germond de Lavigne y Emilio Chasles

en Francia; Bouterweck, y Schlegel en Alemania, y entre nosotros Rios, Pellicer, Clemencin, Salvá, Ruidiaz, Quintana, La Barrera, Fernandez Guerra, con otros que fuera prolijo nombrar, no hubieran tomado al «Quijote» por blanco de sus disquisiciones; siendo como es Cervantes el coloso de la moderna literatura; no ocuparía el puesto á que le alzó el amor y la pluma de sus admiradores. Fueron estos los que vieron y señalaron el valor constante del libro, aquel que, lejos de concluir ó extinguirse, se trasmite de siglo en siglo, adquiriendo mayores quilates con el trascurso de los tiempos; los que hallaron en la novela algo mas que la crítica circunscrita á la heredad literaria que convenia desbrozar de la mala yerba esparcida sobre ella, los que dieron la clave de aquel honesto y perenne solaz con que el autor endulzó las melancolías de todo ánimo contristado, y los que, para decirlo de una vez, renovaron y renuevan el fuego del entusiasmo, siempre que se trata de honrar y enaltecer al mas primoroso de los escritores y al mas desdichado de los poetas.

II.

Demostrado por tal manera que los comentarios favorecen al «Quijote» en determinado concepto, como favorece á la «Divina Comedia» la multitud de producciones que su estudio suscita de año en año, lícito será que fijemos en la medida de nuestras fuerzas, el carácter que debe tener el comento, si su utilidad no ha de ser mínima, mentida ó problemática.

Analizaron unos la obra empuñando la férula del preceptista; quisieron otros apreciarla con el criterio de la gramática y de la elocuencia, y hubo tambien quien solo vió en ella un poema épico vaciado en la turquesa del clasicismo. Descubrieron otros mas altas miras, proponiéndose señalar las alusiones literarias é históricas contenidas en el libro; explicar los pasages oscuros; averiguar las concordancias entre las escenas figuradas, las narraciones andastescas y las costumbres nacionales; no faltando tampoco autores competentes que acometiesen la empresa de poner al «Quijote» como pensamiento filosófico, en relacion con la época en que apareció y con el total desarrollo del humano progreso. Allegóse por estos medios un rico caudal de ideas, observaciones y noticias

en muy pocos casos despreciables. Desde Gaytón hasta el mismo Germond de Lavigne, cuyos servicios eminentes á la pátria literaria desconoció alguno llevado de inesplicable intolerancia, no se ha conocido comentador que no acaudalase al comun acerbo con preciosas joyas, fruto de su ingenio y de su diligencia. Pero el Comentario perpétuo del «Quijote» no está escrito. Existen sus elementos esparcidos en periódicos, folletos y libros, no organizado en un cuerpo de doctrina sistemática y metódicamente dispuesta, para beneficio y guia de cuantos se dedican á la lectura de la popular novela.

Partiendo de que esta presenta un doble carácter, siendo como es ficcion recreativa y obra docente cuyo conocimiento importa á todos los estados, edades, sexos y condiciones; el comento deberia descansar sobre un estudio concienzudo y reflexivo de la época á que la obra corresponde. Para apreciar perspicuamente su índole, darse cuenta precisa de su significacion en el doble concepto de producto artístico y concepcion filosófica, y descubrir el espíritu de la reforma que promueve, forzoso es estudiar tambien la caballería andante, medir su influjo como institucion, apreciarla en sus derivaciones y en su decadencia y seguirla en los libros que le estaban destinados con especialidad.

Apoderarse de una obra, sorprender las faltas de propiedad gramatical ó de sintaxis que pudo

cometer el autor, decir que esta frase es arcaica y aquella exótica, restaurar arbitrariamente algún período de difícil sentido, enaltecer luego los párrafos grandilocuentes y las descripciones pintorescas, anotando de camino flaquezas de lenguaje y bellezas de composición; pudo parecer tarea meritoria cuando la crítica se ejercía en torno de los libros, semejante á un viaje de recreo, cuando era puramente pedagógica y formalista; no ahora que el crítico aspira á mayores lauros, queriendo, sin menospreciar la forma, inquirir el pensamiento que la rige y vivifica. Ni se da hoy crítica alguna digna de este título sin filosofía. El comentario perpétuo del «Quijote» ha de ser por necesidad filosófico. Pide la filosofía que se conozcan los antecedentes morales y literarios de la obra, su misión docente y la consecuencia mediata ó inmediata de su aparición, sin que esto arguya desden ni olvido de las cuestiones más secundarias.

Búsquense en el «Quijote» materiales para restaurar la fisonomía moral de su autor, pídanse á sus páginas el secreto de los infortunios que le persiguieron, sean las máximas que las esmaltan ecos del talento que en ellas palpita, averíguense las inclinaciones de Cervantes, conózcanse sus gustos, díganse sus preferencias, muéstrense sus conocimientos; nada será perdido en esta empresa, donde no debe haber más que emulaciones generosas. Que Hernandez Morejon pretenda exhibir á Cervantes como fuerte en el conocimiento

de la locura, que Broussais y Mata sigan en este empeño, que Caballero, con más celo que crítica, imagine probar que fué consumado en geografía, que Sandoval pondere su pericia como hombre de guerra, Fernandez como marino, Martin Gamero como jurisperito, Sbarbi como teólogo, en nada se daña al libro, antes bien, con sus ingeniosas hipótesis aguijan el deseo de releerlo y estudiarlo.

Al interminable cúmulo de tentativas críticas, paradojas y comentarios de que ha sido objeto el Dante, débese el que no haya italiano medio ilustrado que no conozca el poema inmortal del vate florentino: los esfuerzos aunados de tantos operarios levantaron el monumento que la Italia entera le erigió en su patria, cual expresión legítima y ostentosa de la admiración y del reconocimiento nacional. Aun dista mucho, triste es confesarlo, de gozar Cervantes en España la popularidad que en Italia disfruta el Dante: aun carece entre nosotros el insigne escritor de un monumento adecuado á su renombre; y esta es la hora en que el legislador no ha colocado el natalicio de Cervantes entre los días faustos para la patria. Tiene Italia una Academia dantesca, una medalla consagrada al Dante que se disputan los hombres de talento, tiene el busto del gibelino esparcido por palacios y cabañas, reproducido en diversidad de materias, desde el mármol trasparente, hasta el hierro y los metales más preciosos.

Labróse tambien una modesta medalla en bronce en honor de Cervantes; pero ideada y vaciada por un extranjero; que extranjero habia de ser, tratándose de honrar al manco, quien tomara la iniciativa.

Es en Inglaterra el centenario de Shakespeare un acontecimiento con grande resonancia en todas las esferas sociales, y no hay aleman que, al llegar el aniversario de Schiller ó de Goethe, olvide el atestiguar con actos positivos el alto amor que profesa á esos dos colosos de la cultura teutónica. ¡Pobre y mísero Cervantes! Reducidas están tus honras á una ceremonia fúnebre celebrada por acuerdo de los inmortales el día á que corresponde tu fallecimiento, como si tu virtud acrisolada en el infortunio y tu piedad, que no amenguó la injusticia, necesitaran de otras deprecaciones que las que por tí entonan las modestas y compasivas Trinitarias! No son responsos oficiales los que tú reclamas, sino actos que egerzan mayor influjo en las costumbres y muevan con mayor fruto las voluntades y los ánimos.

No ha muchos días que un diligente escritor desenterró un documento que atestigua el acuerdo tomado por José I, Rey intruso de los españoles, con el fin de erigir á Cervantès una estatua costeada por suscripcion nacional. Fué para algunos el hallazgo y la noticia motivo de no poca extrañeza; parécenos á nosotros, prevenidos de antemano para este linage de sorpresas, aconteci-

miento de facilísima esplicacion. Mientras en España ha permanecido el «Quijote» arrinconado entre las antiguallas bibliográficas, y su autor conocido solo en el nombre, mas no en su dramática é interesante historia; los extrangeros han pensado que ese libro y ese escritor personificaban lo mas castizo de las glorias literarias de nuestra raza, creyendo por tanto, que ocuparse del «Quijote» equivalia á tratar de España; y distinguir á Cervantes halagar á los compatriotas. Faltarían á José I muchas dotes, no talento ni buen sentido; y que lo poseia en alto grado se deduce de las resoluciones que tomaba cuando debian preocuparle temas de índole bien diversa. Espidió José I dos decretos que no olvidará la historia, aunque el patriotismo pretenda borrarlos; suprimia el uno la Inquisicion, mandaba el otro erigir un monumento á Cervantes. ¡Qué enseñanza! Aun hay quien sueña con las ventajas del Tribunal sanguinario y este es el día en que á la España contemporánea no se le ha ocurrido cumplir los deberes que tiene contraídos con la civilizacion por lo que á Cervantes toca. ¡Qué mas! La mísera estatua de la plaza de las Córtes en Madrid no nos pertenece, es la obra de un déspota contra quien tanto declamó el liberalismo!

Dijo un filósofo que las naciones eran grandes, célebres y reverenciadas por sus autores ilustres, y que honrándolos se honraban ellas mismas. Exacta será la máxima, aunque nosotros la enten-

demos de otro modo. No es el sábio lo que aquí priva, mas el poderoso: el varon modesto que consagró su vida á la ciencia, que cruzó la tierra sin adquirir fama entre el histrionismo de la política, que cerró su corazon á toda pasion desordenada, á toda concupiscencia de mando, ó de ostentacion satánica, baja al sepulcro como bajó nuestro héroe, reducido en la estrechez de austera mediocridad.

No rechacemos, pues, en absoluto los comentarios del «Quijote,» aunque sean filosóficos, sino en aquello que pida reprobacion y censura; alegrémonos, por el contrario, siempre que la bibliografía anuncie la aparicion de alguna obra de esta naturaleza, y no vacilemos en adquirirla, seguros de que no han de faltar entre sus espinas, frescas y gallardas flores para embellecer la escelsa tumba que custodian unas modestas religiosas.

LA SEPULTURA
DE
CERVANTES.